

MARTIN BIANCHI

BABY Y CRISTA

LAS HIJAS DE ALFONSO XIII

DOS INFANTAS MARCADAS POR EL EXILIO



Índice

Dedicatoria

Introducción

PRIMERA PARTE

1. «¿Por qué los españoles no nos quieren como nosotros a ellos?»
2. «¿Has visto que no ha llorado? Se parece a mí, ha salido Borbón»
3. «Es otra niña. Una hermana para Baby y otra infanta para España»
4. «Los rusos no tienen las agallas de asesinar a sus zares»
5. «Muchas hijas han actuado virtuosamente, pero tú las superas a todas»
6. «¡Se han llevado las cucharillas de plata! Uno ya no se puede fiar ni de los grandes de España»
7. «No quiso despertar a nadie. Murió como vivió, con dignidad»
8. «Si digo que eres mi novia, mis amigos se pitorrean»
9. «Hoy soy yunque y usted, martillo. Pero llegará el día en que usted sea yunque y yo, martillo»
10. «¡Ya le han echado! Ahora queremos la cabeza de uno de sus hijos»

SEGUNDA PARTE

11. «Es una tormenta pasajera. Los españoles no sienten ni comprenden la República»
12. «¡Lástima que mi cuerpo se quede fuera de España!»
13. «¿Qué corona? Si ni siquiera es seguro que vaya a reinar»
14. «Dios, si le conservas la vida, prometo entrar en un convento»
15. «Esta separación será buena para todos. No tiene sentido seguir disimulando»
16. «Si cambias de opinión y decides que no quieres casarte, damos marcha atrás y volvemos a casa»
17. «Las mujeres a rezar y los hombres a luchar»
18. «Ha tenido una vida muy triste. Ha acabado lejos de España y de todos nosotros»

19. «¡Hombre, menos mal! Por lo menos, no tendré que alimentarle»

20. «¡Perdonar a España? ¡Yo no tengo nada que perdonar a España, la amo de todo corazón!»

TERCERA PARTE

21. «Este podría ser el hogar perfecto para una vieja como yo»

22. «No me aclaman porque sea importante, sino porque soy la hija de Alfonso XIII»

23. «Ya he vuelto a España. Ahora me puedo morir tranquila»

24. «Si ahora es el momento de morir, mejor. No quiero dar la lata a nadie»

25. «Aquí fuimos libres y felices»

Cronología

Árbol genealógico

Agradecimientos

Bibliografía

Créditos

*A mis padres, que supieron formar una familia unida, y a mis hermanas, las mujeres más fuertes y valientes que conozco.
A Israel, por todo.*

Introducción

En el verano de 2017, la ya extinta revista *Tiempo* publicó un reportaje sobre la vida en palacio de la princesa Leonor y la infanta Sofía, las hijas de los reyes Felipe y Letizia. La publicación afirmaba, textualmente, que las hermanas leen a Robert Louis Stevenson (*La isla del tesoro*) y Lewis Carroll (*Alicia en el país de las maravillas*), ven películas de Akira Kurosawa (*Los siete samuráis*), disfrutaban con el teatro alternativo y «dominan» el inglés. También aseguraba que los reyes quieren que sus hijas tengan «una infancia tranquila» y que ese deseo choca «con los requerimientos permanentes e insaciables de los medios de comunicación, deseos de relatar hasta el detalle más nimio sobre la vida de Leonor y Sofía».

Las revelaciones de aquel reportaje se convirtieron en *trending topic* en las redes sociales y acapararon páginas en la prensa y horas de conversación y tertulia en las radios y, cómo no, en la calle. Algunos medios de comunicación calificaron los gustos de la princesa y la infanta de «curiosos» e «inesperados». La opinión pública parecía no dar crédito a que la futura reina de España, que entonces tenía casi doce años, y su hermana, de diez, disfrutaran leyendo clásicos de la literatura infantil y juvenil, o que hablaran correctamente una segunda lengua.

En los años veinte del siglo pasado, hace exactamente cien años, hubo otras dos princesas españolas que despertaban la curiosidad del público y los periodistas. Se trataba de las infantas Beatriz y María Cristina de Borbón y Battenberg, las hijas de los reyes Alfonso XIII y Victoria Eugenia. A la edad de Leonor y Sofía, Baby y Crista, que es como las llamaban cariñosamente, hablaban perfectamente inglés y francés y dominaban el alemán y la lengua de signos, que tuvieron que aprender para comunicarse con su hermano sordomudo, el infante Jaime.

Vivieron su juventud estigmatizadas por la hemofilia que padecieron sus hermanos Alfonso y Gonzalo y que ellas mismas podían portar. La reina Victoria Eugenia intro-

dujo esta enfermedad en la familia real española y cuando ella y su marido constataron la gravedad de la misma, supieron que sería muy difícil que sus hijas tuvieran matrimonios reales. No obstante, las educaron para ser verdaderas reinas.

Las hijas de Alfonso XIII recibieron una formación excepcional, que algunos hoy considerarían severa o, sencillamente, inverosímil. Crecieron en el Palacio Real de Madrid, con todo lo que significaba en aquellos tiempos: corte, protocolo, alabarderos, cambios de guardia, recepciones y cenas de gala... Nunca fueron a la escuela, pero tenían clases diarias en palacio y eran examinadas por el rey. Una profesora británica les daba matemáticas, geometría, astronomía y ciencias naturales y otra francesa les impartía lecciones de geografía, historia, lengua y literatura. La institutriz gala llegó a reconocer que no valía la pena enseñarles historia, porque las niñas sabían más que ella. Ciertamente, tenían conocimientos muy superiores a los que solían alcanzar las personas cultivadas de su generación.

Aprendieron a tocar el piano con la famosa concertista polaca Carolina Peczenik y a bailar con *miss* Marguerite Vacani, que años después sería profesora de danza de la reina de Inglaterra y de su hermana, la princesa Margarita. Además, fueron grandes Amazonas y excelentes jugadoras de golf y tenis (llegaron a ser campeonas en esos deportes en diversos torneos en España, Reino Unido e Italia), y entusiastas remadoras y atletas (realizaban gimnasia a diario con su padre en la terraza de palacio que da al Campo del Moro o en el salón del trono). También sabían esquiar, cazar, navegar, mecanografiar, coser y tejer, pintar...

Hace un siglo, palacio informaba de manera profusa sobre las actividades de las infantas: sus estudios, sus lecturas, sus gustos, sus juegos en los jardines, sus paseos con su madre y su abuela y sus veranos en Santander y San Sebastián. En 1923, al comienzo de su adolescencia, ya iban semanalmente a hospitales a repartir meriendas y juguetes entre los niños enfermos; y en vísperas de Navidad entregaban ropa entre los más necesitados. Acompañaban a la

reina y a la reina madre a inauguraciones, tés benéficos, estrenos y funciones de teatro solidarias, concursos de flores, desfiles de moda, comedores... Cuando cumplieron dieciocho años, estudiaron enfermería y empezaron a trabajar en el hospital de la Cruz Roja.

Así es como Baby y Crista se convirtieron en el rostro amable del reinado de Alfonso XIII, un periodo políticamente inestable y convulso, marcado por la dictadura de Miguel Primo de Rivera. Las dos crecieron al margen de los avatares políticos, ajenas al lento pero seguro desmoronamiento de la monarquía, que entonces se enfrentaba a grandes desafíos: el independentismo catalán, el republicanismismo, la crisis económica, las acusaciones de corrupción. Cuando se dieron cuenta de todo aquello, fue demasiado tarde. De la noche a la mañana, lo perdieron todo: los palacios, los privilegios, los amigos... su país.

Siempre aseguraron que el momento más duro de sus vidas fue dejar España la mañana del 15 de abril de 1931. Entonces, Baby y Crista eran todavía muy jóvenes. Tenían veintiún y diecinueve años, respectivamente. Cuando tuvieron la oportunidad de volver, tras la muerte de Francisco Franco y la restauración de la monarquía de la mano de su sobrino, el rey Juan Carlos, ya habían pasado casi medio siglo en el exilio y eran abuelas.

Fueron las últimas de su familia en morir. Enterraron a sus padres y a sus hermanos, a veces en circunstancias trágicas. Ellas fallecieron como vivieron, con dignidad y discreción. Por eso, cuando La Esfera de los Libros me propuso escribir este libro, no lo dudé. Sus vidas, desconocidas por la gran mayoría de los españoles, merecían ser contadas. Siempre desde el respeto que me inspiraban los personajes, me he tomado algunas licencias —creación de diálogos, alteración de acontecimientos, lugares, fechas y personajes— propias de la novela histórica o historia novelada, género en el que se encuadra *Baby y Crista. Las hijas de Alfonso XIII*. A veces la ficción se ha antepuesto a la realidad, pero siempre siendo fiel a los hechos históricos y a su significado en el recorrido vital de las infantas.

Aunque estuvieron marcadas por el exilio, la tragedia y la muerte, Beatriz y María Cristina jamás se quejaron. «Conocí sitios y personas que no hubiera conocido nunca si me hubiera casado con uno de aquellos príncipes y vivido encerrada en un castillo, muerta de aburrimiento. No he tenido más que felicidad», confesó Crista en una entrevista a la revista *¡Hola!* en 1992. «Hemos tenido una vida feliz», confirmó Beatriz poco antes de morir. «No fui en mi vida la única intérprete, no elegí mi destino: no se puede hablar de mi existencia sin mis circunstancias». Este libro intenta narrar sus vidas y explicar esas circunstancias.

PRIMERA PARTE

1

«¿Por qué los españoles no nos quieren como nosotros a ellos?»

Madrid, 14 de abril de 1931

—**B**aby, despierta. Hay mucho barullo en la calle —volvió a decirle la infanta Cristina a su hermana, que se negaba a abrir los ojos.

—Pero Crista, ¿qué hora es? —protestó la infanta Beatriz, ocultando su cabeza debajo de las finas sábanas de lino blanco.

—Van a ser las ocho de la mañana. Te digo que fuera hay jaleo. Y hay mucha gente en la puerta. Levántate, por favor —suplicó Cristina, alzando un poco más la voz.

Ante la insistencia, Beatriz hizo el esfuerzo y salió de la cama para acercarse a las ventanas. Dio unos pasos casi a ciegas, todavía somnolienta. A la mayor de las hijas del rey Alfonso XIII y de la reina Victoria Eugenia le entraba un sueño tremendo siempre que tenía una preocupación grande. Y llevaba días angustiada por la salud de su hermano mayor, Alfonso. El príncipe de Asturias, de veintitrés años, estaba en cama por culpa de la hemofilia. Había sufrido una caída mientras cazaba avutardas y su estado mantenía en vilo a todos en palacio.

Al asomarse a las ventanas, Beatriz constató que se había formado un corrillo de periodistas y curiosos en la plaza de Oriente. La habitación de las infantas estaba ubicada en la tercera planta del Palacio Real, en un entresuelo sobre la puerta del Príncipe. Llevaban toda la vida compartiendo ese cuarto, por el que se colaba cualquier murmullo proveniente de la calle de Bailén. Desde muy pequeñas, sabían intuir, por el aumento de las visitas, por la entrada y salida de personajes, si ocurría algo grave. Ese día, un grupo de nerviosos reporteros y fotógrafos esperaba desde tem-

prano a que llegara Juan Bautista Aznar, presidente del Gobierno, para una reunión urgente con el rey.

—¡Qué raro! Papá no suele recibir hasta las diez y media —reconoció Baby en voz alta mientras estudiaba la escena, ocultándose detrás de las cortinas blancas—. Tenemos que darnos prisa o llegaremos tarde al desayuno.

Las hermanas comenzaron a vestirse con rapidez. Beatriz tuvo que ayudar a Cristina, que todavía se estaba recuperando de una operación de apendicitis. Siempre iban vestidas iguales, aunque físicamente eran muy diferentes. Baby, la mayor, ya tenía veintiún años y se parecía mucho a su padre: alta, delgada y morena. Había heredado los rasgos borbónicos del rey: cara angulosa, labios finos, nariz y mentón ligeramente prominentes, mirada melancólica... Crista, en cambio, tenía diecinueve y era la viva imagen de su madre: rubia, corpulenta, con la cara más redonda y ojos azules muy alegres. A la edad de ellas, Victoria Eugenia ya había sido proclamada «la princesa más bella de Europa».

Tras arreglarse, se dirigieron con prisa al comedor privado de la familia, ubicado en la planta principal, para desayunar con sus padres. Como las distancias en palacio eran enormes, cada vez que tenían una cita o les mandaban un recado, corrían por los pasillos. Beatriz, que siempre iba a todo meter, se había ganado el apodo de «el galgo» entre sus familiares. Esa mañana fue la primera en llegar al salón, una estancia de grandes proporciones custodiada por un inmenso retrato de la reina Isabel II realizado por Franz Xaver Winterhalter. Poco después llegó Cristina.

Siguiendo el protocolo, primero dieron un beso en la frente a su padre, luego le hicieron la reverencia y le besaron la mano. Tras repetir el gesto con su madre, se sentaron en las sillas inglesas de madera. Para Baby y Crista, desayunar con los reyes era una costumbre bastante reciente. Hasta que no cumplieron la mayoría de edad, no pudieron participar en las comidas en común con los adultos. Durante toda su infancia y adolescencia habían tenido que hacerlo solas o con sus hermanos en las habitaciones del entresuelo.

de palacio, vigiladas por ayas, institutrices y profesores particulares.

Alfonso XIII solía tener muy poco tiempo para ver a sus hijos. Y el desayuno era uno de esos momentos. Disfrutaba dedicándoles unos minutos antes de ir a su despacho mientras tomaba una pequeña tortilla de patatas, un café con leche y algo de fruta —odiaba la mantequilla, el pan tostado o la mermelada—. Le gustaba preguntarles cuáles eran sus planes para el día, cómo iban sus estudios y qué noticias tenían de sus amistades. Pero aquella mañana el rey no probó bocado ni pronunció palabra. La unión de la mandíbula de los Habsburgo y de los labios de los Borbones le daba a la parte inferior de su rostro un aspecto demasiado serio. Y ese día sus rasgos parecían todavía más severos. Estaba absorto en sus pensamientos, mientras que sus hijas lo estudiaban con la mirada.

—Papá, ¿no has dormido bien? —preguntó Crista, que era la más curiosa y despierta de las dos hermanas.

—No mucho —respondió el rey, simulando una mueca de sonrisa. Su mirada volvió a perderse en un punto del comedor.

En realidad, Alfonso XIII no había pegado ojo en toda la noche. En la soledad de su alcoba, había intentado resolver en su cabeza la mayor crisis política de su reinado. Dos días antes, el domingo 12 de abril, se habían celebrado elecciones municipales. Los republicanos habían conseguido una mayoría de votos en cuarenta capitales de provincia, incluidas Madrid y Barcelona, y consideraban los resultados como un plebiscito a favor de la instauración de la República. La gente había empezado a lanzarse a las calles para pedir el fin de la monarquía.

Esa misma mañana, antes de ir a desayunar, el rey había llegado a una conclusión: o sus ministros encontraban una solución digna e incruenta para mantenerle en el trono, o se vería obligado a abandonarlo. Pero aún era demasiado pronto para decírselo a su familia. Todavía guardaba esperanzas de encontrar una manera de salir de ese embrollo. Todos estos pensamientos seguían girando en su cabeza

mientras sus hijas lo examinaban. Las infantas aún no habían saciado su curiosidad.

—¿Hoy tienes problemas? —volvió a preguntar Crista. Baby, la mayor, le dio un codazo para que se callara.

—Sí, hoy tengo problemas. Veremos cómo salimos adelante. Rezad para que todo se arregle bien —reconoció el rey, obligándose una vez más a sonreír. Siempre que tenía un día malo, apelaba a las oraciones de sus hijas para que las cosas volviesen a su lugar.

Entonces, los ojos del monarca se fijaron en el gran retrato de su abuela, la reina Isabel II, que presidía el comedor. El famoso pintor Franz Xaver Winterhalter había inmortalizado a la soberana en todo su esplendor: coronada y vestida con un traje blanco con rosas bordadas y un fabuloso *corsage* de diamantes sobre la banda de las Órdenes de la Corona de Wurtemberg y de la reina María Luisa. En el lienzo también aparecía la hija de la reina, Isabel, la pequeña princesa de Asturias, ocultándose tímidamente detrás de las faldas de la monarca. El pintor alemán lo había realizado en 1855, solo trece años antes de la Gloriosa, la revolución que llevó a la familia real al exilio durante seis años. «El exilio», pensó Alfonso antes de responder a su hija.

—Ahora debo irme. Me espera Casa-Aguilar —dijo el rey abruptamente—. Por cierto, es preciso que os excuséis con Carmela Mérito de asistir al almuerzo que os iba a dar en Fuentelarreina. Hoy no es día para salir. Más adelante, veremos... —Al ver las expresiones de las infantas, contrariadas y temerosas, añadió sonriendo para tranquilizarlas—: No pasa nada grave, pero no es momento de correr juegucitas. Estoy seguro de que la marquesa del Mérito lo entenderá.

Entonces se levantó de la silla, dio un beso cálido en la frente a sus dos hijas y otro a su mujer, que había permanecido callada durante todo el desayuno. Luego se despidió de todos y se dirigió a su despacho, donde le esperaba el vizconde de Casa-Aguilar, su médico de cámara.

La reunión del rey con su doctor no sorprendió a Baby y Crista. Pero entonces ellas no sabían, como tampoco lo

sabía su padre, que el médico había acudido a palacio con una carta urgente del conde de Romanones, jefe de uno de los partidos monárquicos.

—¿Qué te trae por aquí tan temprano? —inquirió el rey, muy asombrado por la visita inesperada de su médico.

—Me envía el conde de Romanones —respondió el vizconde, aparentemente muy nervioso.

—¿Qué cosa tan rara! ¿Y por qué no ha venido él en persona?

—Me mandó llamar muy temprano para que le entregara a vuestra majestad un recado por escrito. Aquí está —explicó Casa-Aguilar, tendiéndole la carta. Sus manos no paraban de temblar.

Aquella misiva contenía la sentencia de muerte de la monarquía: «Vuestra majestad, me temo que los republicanos pueden encontrar adhesiones del elemento del Ejército y fuerza pública, que se nieguen en momentos de revuelta a emplear las armas contra los perturbadores, se unan a ellos y se conviertan en sangrientos los sucesos. Para evitarlo, podría vuestra majestad reunir hoy al Consejo, para que el mismo reciba la renuncia del rey, para hacer ordenadamente la transmisión de poderes. Así se haría posible, en su día, la pronta vuelta a España del rey, por el clamoroso llamamiento de todos».

—¿Que me vaya enseguida de España? ¡Me echan! —exclamó Alfonso con furia en la soledad de su despacho.

Mientras Alfonso se reunía con el vizconde de Casa-Aguilar, las infantas terminaron de desayunar con su madre y con dos de sus hermanos, Jaime, de veintidós años, y Gonzalo, de dieciséis. Faltaba Juan, que estaba realizando su formación de cadete en la Escuela Naval de San Fernando de Cádiz. La reina, que tenía buen apetito y solía comer cada mañana fiambres, *roastbeef* y patatas, tampoco había probado bocado. Seguía callada, perdida en sus pensamientos y preocupaciones. El rey nunca le consultaba sobre las

cuestiones políticas. Pero leía los periódicos y sabía que las elecciones del 12 de abril habían ido mal.

—Chicos, ahora volved a vuestras habitaciones —ordenó—. Hoy no podremos salir.

Baby y Crista regresaron a su dormitorio en el entresuelo de palacio. Y volvieron a asomarse a la ventana. Cada vez había más periodistas y viandantes agolpados en la puerta del Príncipe, en la calle de Bailén. La expectación se palpaba en el cálido aire de ese día de abril. Las hermanas solían salir a pasear a caballo o en coche, pero los criados también les aconsejaron que no lo hicieran.

—Señoras, hoy no es día para eso en Madrid —les advirtieron, como si estuvieran repitiendo las palabras que había pronunciado el rey unas horas antes.

Entonces, decidieron realizar una visita a su hermano mayor, que llevaba varios días inmovilizado por culpa de su enfermedad. Las infantas atravesaron los pasillos de palacio con más prisa que de costumbre. Al verlas entrar, el pobre Alfonso, que yacía en su cama lleno de hematomas y dolores, hizo un esfuerzo para incorporarse. Su perro preferido, Peluzón, un simpático setter irlandés marrón que había rescatado en una calle de Carabanchel, empezó a ladrar de gusto.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó Baby.

—Mal, cansado —respondió Alfonso, que ya tenía veintitrés años, pero seguía pareciendo un niño: rubio, delgado, blanco y frágil. Sus ojos azules no podían disimular su tristeza.

El heredero al trono estaba más pálido que de costumbre, pero el malestar no solo se debía a su enfermedad. Con un simple gesto, indicó a los sirvientes que lo dejaran a solas con sus hermanas. Al cerrarse la puerta, bebió con dificultad un sorbo de agua de la copa que le habían dejado junto a su lecho y respiró hondo antes de empezar hablar.

—Me han contado algo espantoso —dijo el príncipe, que al ser el mayor estaba informado de todo y era quien